

Revista de Occidente



LO POLITICO Y SUS FRONTERAS

EDGAR MORIN, MICHEL HENRY, BLANDINE KRIEDEL,
CORNELIUS CASTORIADIS, ELIE COHEN, ALAIN LIPIETZ,
MICHEL WIEVIORKA, ETIENNE BIMBENET, PAUL RICOEUR

EDGAR MORIN: *Fronteras de lo político* • MICHEL HENRY: *Crítica de lo político* • BLANDINE KRIEDEL: *Democracia y representación* • CORNELIUS CASTORIADIS: *La cultura en una sociedad democrática* • ELIE COHEN: *Soberanía nacional y globalización económica* • ALAIN LIPIETZ: *Ecología política y movimiento obrero* • MICHEL WIEVIORKA: *Democracia, racismo, antirracismo* • PAUL RICOEUR: *La persona: desarrollo moral y político* • ETIENNE BIMBENET: *Por un intelectual del futuro*

Viñeta: Carlos Fornas Bada

Ecología política y movimiento obrero: similitudes y diferencias

Alain Lipietz

Desde hace algunos años, y tanto en Francia como en el resto de Europa, la ecología política está apareciendo como tendencia de pensamiento y como fuerza política, siguiendo en su invasión de la escena político-intelectual una trayectoria bastante parecida a la que siguiera antaño el socialismo. Hasta las dificultades a que se enfrenta este avance (inestabilidad de los resultados electorales de los «verdes», divisiones políticas e ideológicas) recuerdan con todo detalle las dificultades del socialismo a comienzos del presente siglo.

Me gustaría plantear aquí en un plano estrictamente intelectual la comparación entre lo «Verde» y lo «Rojo». Por lo «Rojo» y lo «Verde» entiendo tanto unos movimientos sociales reales como las ideologías, las visiones del mundo que les sirven de fundamento más o menos sólido. Esta es ya una semejanza profunda: en los dos casos se trata de reivindicar la unidad de un movimiento social (movimiento obrero, movimiento ecologista) y de una teoría (marxismo, ecología científica). También en los dos casos esta unidad es sólo parcial. El movi-



00167

miento obrero no se reduce a las tendencias que remiten a una teoría social específica, marxista o no marxista: el cooperativismo y una gran parte del sindicalismo prescinden de cualquier referencia teórica. Y lo mismo ocurre con movimientos conservacionistas, naturalistas (aunque éstos se encuentren respaldados por las ciencias naturales) o, más en general, medioambientalistas. Lo que aquí vamos a examinar son los movimientos de ecología política, que tanto en Europa como en América han encontrado muchos adeptos entre los desilusionados con el «socialismo científico».

Semejanza y continuidad

Las similitudes entre lo Rojo y lo Verde son tanto más visibles en la medida en que frecuentemente hubo una auténtica «importación» de los métodos y la inspiración de lo Rojo en el terreno de la ecología política. Pero esta continuidad no es el único resultado de semejante «infiltración». Si hay muchos «rojos» que se reconvierten a lo Verde, ello ocurre ante todo porque ya habían abandonado lo Rojo y roto con el «socialismo», incluso con aquel que existe en el terreno de las puras ideas (sobre este aspecto volveremos más tarde), y, en segundo lugar, porque reconocían, en los primeros movimientos de ecología política, una especie de «parecido de familia» respecto a lo que anteriormente habían vivido. Para decirlo de un modo esquemático: en ellos volvían a encontrar el materialismo, la dialéctica, el historicismo, así como una orientación progresista.

El materialismo

La ecología política, como el movimiento obrero socialista, tiene su fundamento en una crítica, y por tanto en un análisis, un conocimiento teorizado, de «el orden

de cosas existente». A partir de ello pueden florecer todas las utopías o surgir reptantes todos los realismos. Pero los rojos y los verdes tienen de entrada en común el gusto por el conocimiento de «lo que ocurre». Atendiendo a sus inclinaciones, todos son enciclopedistas, como lo fueron por otra parte los liberales del siglo XVIII.

Yendo más a lo concreto, rojos y verdes se concentran en un sector muy determinado de lo real: la relación humanidad/naturaleza y, más específicamente, la relación que los hombres mantienen entre sí frente a la naturaleza, lo que los marxistas denominaban «fuerzas productivas». Por supuesto, los rojos y los verdes tendrán posturas radicalmente opuestas en lo que se refiere a la valoración global de esta relación: positiva para los primeros, negativa para los segundos. Según unos, exaltación de la apropiación de la naturaleza por el hombre, según otros, denuncia de ese saqueo y, de rechazo, en la *deep ecology* (ecología profunda a la anglosajona, de hecho escasamente representada entre los verdes franceses), exaltación de las capacidades de autorregulación de la naturaleza en ausencia de una actividad humana predatoria. Con razón o sin ella, los ecologistas reconocen siempre en los indígenas una capacidad innata para la simbiosis natural: un «desarrollo primitivo soportable»; algo equiparable, en cierta forma, al modo en que los «socialistas científicos» exaltaban el comunismo primitivo...

Volveremos a ocuparnos de esta diferencia –que a pesar de todo es fundamental–, pero de momento contentémonos con hacer ver la similitud de las patologías mentales que derivan de ese materialismo común.

– Tendencia al cientificismo, a olvidar la legitimidad de los conflictos de intereses entre los hombres, a olvidar lo político.

– Exaltación de una «buena» relación entre el hombre y la naturaleza: culto al *progreso de las ciencias y de*

la industria por parte de los marxistas «ortodoxos»; culto a los *equilibrios naturales* en los ecologistas.

- Utopía de la vuelta a una cibernética, a una regulación de la relación humanidad-naturaleza, desembarazada de su aspecto social, democrático, conflictivo: «Pasar del gobierno de los hombres a la administración de las cosas», según los marxistas; «vivir en armonía con la naturaleza» para los defensores de la *deep ecology*.

Por otra parte es divertido observar cómo el «culto de Gaia», de la Tierra como ser vivo, derivación mística de la hipótesis científica del mismo nombre (llena también de ambigüedades) debida al ecologista matemático Lovelock, desempeña exactamente la misma función que el culto estalinista del progreso, tanto entre los ecologistas que tienen mayor necesidad de una fe que apunte su compromiso (la tendencia *New Age*) como entre los enemigos de la ecología política. Aun cuando el culto de Gaia sea prácticamente desconocido en Francia, Luc Ferry denuncia ya en la ecología la subordinación de cualquier voluntad individualista a las exigencias de Moloch-Gaia, lo mismo que ayer se reducía el socialismo al estalinismo. La polémica se hace especialmente grotesca cuando procede de los defensores del viejo «progresismo», el de las «fuerzas de la ciencia y de la industria», como ocurre en el llamamiento de Heidelberg...

La dialéctica

El materialismo de los verdes, lo mismo que el de los rojos, es, en efecto, mucho más una crítica del desorden existente que una exaltación de un orden subyacente o la predicación de un orden nuevo. Del mismo modo que los marxistas se apoyaban en una crítica de la economía política realmente existente para garantizar su trastocamiento, los ecologistas denuncian la ecología

realmente existente (la relación actual entre la humanidad y su entorno) para así poner de relieve la imposibilidad de su mantenimiento. En definitiva, la forma de contar la historia de unos y otros es idéntica: se trata de una crítica de las estructuras de lo real por medio de movimientos sociales reales, realmente suscitados por las mismas estructuras que combaten.

De un modo todavía más profundo, verdes y rojos se identifican también por su insistencia en dos temas:

- El tema de la totalidad. Del mismo modo que la teoría del movimiento obrero no era exclusivamente una «economía social», sino una visión global de las relaciones sociales (políticas, ideológicas...), el objeto de la ecología política no es el «entorno», sino, muy al contrario, la totalidad: la humanidad y su entorno y la actividad humana que se apoya en ese entorno y la transforma...

- El tema de las interrelaciones: esta totalidad es entendida como un sistema, con sus instancias y sus elementos relativamente autónomos, aunque cada uno de ellos influya en todos los demás.

Por tanto, en ambos acercamientos encontramos todo el aparato conceptual de la dialéctica o de la cibernética, especialmente los bucles retroactivos positivos (el efecto bola de nieve) y las retroacciones negativas (el efecto amortiguador o regulador). Y naturalmente, también encontraremos en ellos sus contrapartidas políticas: catastrofismo y embellecimiento.

En efecto, si se insiste en las evoluciones «en forma de bola de nieve», los límites preexistentes (de la humanidad, de la naturaleza, etc.) impondrán un parón brutal y catastrófico. Es ridículo, y por tanto inútil, y por tanto sospechoso, tratar de oponerse a una avalancha: más valdrá esperar a que ocurra la inevitable catástrofe y reconstruir un mundo mejor haciendo tabla rasa del pasado. Si, por el contrario, uno se inclina por los mecanis-

mos autorreguladores, por la capacidad de lo real para engendrar sus propios antídotos, se erigirá a sí mismo en factor que pone límites al «juego libre de reglas de las fuerzas presentes en el mercado» o los apetitos desordenados del capitalismo o del productivismo... En última instancia, incluso se tendrá en cuenta la necesidad de autolimitar sus propias reivindicaciones, para no correr el riesgo de engendrar, como reacción a los desequilibrios, desequilibrios aún más graves. Se huirá de la crisis, del *desplazamiento hacia los extremos* caro a Lenin, se practicará una política de lo posible... la historia, o Gaia, marchando de todas formas a su propio ritmo.

El historicismo

Pues los verdes comparten con los rojos la convicción de que llegan en el momento en que la lechuza de Minerva alza el vuelo, en el momento en que un orden de cosas específico nos ha conducido tan cerca de la catástrofe que se hace necesario el Gran Cambio: la revolución, el cambio de paradigma, el cambio de era...

A esta Gran Forma que se trata de abatir el movimiento obrero le da el nombre de «capitalismo», mientras que la ecología política la llama «productivismo». Por «productivismo» los verdes entienden el conjunto de estructuras socio-económicas y de mentalidades que incitan a *producir por producir* sin preocuparse por las necesidades reales de las personas ni por la posibilidad de mantener el régimen de producción (o lo que es lo mismo, la posibilidad de que este régimen siga existiendo a largo plazo sin que se produzca un cuestionamiento de las condiciones de satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras, y en especial la supervivencia de los ecosistemas). Como vemos, los verdes no dan *a priori* ninguna respuesta a la lancinante pregunta de los historiadores: «¿Son las ideas las que determinan la conso-

lidación de las estructuras sociales, o es a la inversa?» Lo que evita que se asombren de que las viejas ideas se mantengan vivas después de las revoluciones... Esta diferencia está pues lejos de ser neutral, pero ¿quién no ve que el «productivismo» desempeña para los verdes un papel idéntico al que el «capitalismo» tiene para los rojos: aquello que hay que abolir para cambiar la vida? De hecho, resultaba muy cómodo denunciar el «productivismo» cuando se trataba de denunciar al mismo tiempo el capitalismo y el modelo de los llamados países «socialistas». Hoy que el «socialismo real» es sólo un mal recuerdo, los verdes mostrarán una tendencia cada vez mayor a admitir que «productivismo» y «capitalismo» son la misma cosa.

En cualquier caso, productivismo o capitalismo es aquello que lleva al paroxismo la tensión de las relaciones entre los humanos, y entre ellos y la naturaleza. Se ha franqueado un umbral. Por ello es por lo que surge hoy el movimiento de la ecología política lo mismo que anteriormente surgió el movimiento obrero. Suya es la responsabilidad histórica (¿o milenarista?) de librar el combate de Armagedón: ayer, «socialismo o barbarie»; hoy, «ecología o muerte».

A este funcionamiento similar corresponde una vez más una patología común: el catastrofismo, la arrogancia del profeta, el olvido de las enseñanzas del pasado, de las reservas de sorpresas de la historia, que (como decía Lenin) *tiene una imaginación infinitamente mayor que la nuestra*.

El progresismo político

Ya se ha dicho de pasada, pero volveremos sobre ello: la ecología se enfrenta al movimiento obrero en un punto fundamental, el del «progreso de las fuerzas productivas». Sin embargo, aunque ya no crean en un movimiento material transhistórico que garantizaría el pro-

greso humano, los verdes se colocan espontáneamente del lado de los movimientos emancipatorios de la humanidad, antes y después del movimiento obrero: el universalismo, la democracia, el socialismo (vertiente libertaria), el tercermundismo, el feminismo, el regionalismo... Con lo que vuelven a coincidir con los rojos en todos los combates históricos, denunciando en los partidos que se autodenominan socialistas el abandono de sus propios objetivos sociales (por ejemplo, la reducción de la duración del trabajo, el derecho al voto de los extranjeros residentes, etc.).

Semejante continuidad no es de ningún modo resultado de una ampliación oportunista del ámbito de las preocupaciones políticas más allá de un «núcleo inicial» que estaría constituido por el ambientalismo. Es completamente posible evolucionar desde la preocupación por el medio ambiente a la ecología política y, por tanto, a la lucha por la reducción del tiempo de trabajo y la nueva ciudadanía, pero sigue habiendo una etapa obligada de adhesión al «materialismo histórico y dialéctico» propia de lo Verde y a la que nos hemos referido más arriba.

Simplificando: los verdes son políticamente progresistas desde el momento en que se oponen al productivismo. Puesto que están necesariamente a favor de los dominados y en contra de los dominadores, están también a favor de los trabajadores (asalariados o campesinos) que se rebelan contra la reducción de su actividad a una moneda de cambio que permita entrar en la sociedad de consumo, y del mismo modo toman partido por el Tercer Mundo contra el saqueo imperialista de la tierra, de los hombres y de sus culturas. A las relaciones sociales e internacionales del productivismo, los verdes oponen el proyecto de un nuevo modelo de desarrollo, el «desarrollo soportable» o «ecodesarrollo», igual que los rojos contraponían el socialismo al capitalismo.

Este progresismo político de los verdes los expone, claro está, a cometer los mismos errores de los rojos.

Por ejemplo, la tendencia a oponer «buenos y malos», «nosotros» y «ellos». Tal tendencia se combina con el cienticismo con la misma facilidad que en el «socialismo científico»: *nosotros los que sabemos contra ellos, que fingen no saber lo que hacen*. O también la tendencia al utopismo, a la ideología de la Nueva Jerusalén: «Aquí —en el productivismo— nada podemos hacer, pues todo es recuperado. ¡Pero ya veréis cuando salgamos de este valle de lágrimas, cuando podamos edificar un mundo nuevo!»

En su conjunto, lo Verde presenta grandes similitudes con lo Rojo. Son dos «modelos de esperanza» de naturaleza similar: materialista (se parte de un conocimiento crítico de lo real), dialéctica (se da por seguro que esta realidad engendrará su propia crítica material), histórica («¡éste es el momento!») y progresista. En calidad de tal, lo Verde comparte también la mayor parte de los riesgos de lo Rojo, al tiempo que muestra ya sus defectos: muchas veces se ha denunciado el «fundamentalismo» de los verdes alemanes y franceses (análogo exacto del «izquierdismo»), y se corre el peligro de tener que lamentar, dentro de no mucho tiempo, su «realismo» (equivalente del viejo «oportunismo»).

Refundaciones

De cualquier modo, lo Verde presenta una gran ventaja sobre lo Rojo: ha aparecido más tarde. Después de más de un siglo de tentativas y de errores. El paradigma verde se desarrolla a partir de un fundamento propio, pero éste presupone también la crítica teórica y práctica del paradigma rojo. Es un principio de esperanza que se desarrolla siguiendo un modelo parecido, pero que no es exactamente el mismo. Estamos ante una refundación del principio de esperanza.

Ya hemos avanzado la diferencia fundamental entre los dos modelos: la idea de un «avance de las fuerzas

productivas» que arrastraría consigo los demás avances está totalmente ausente del paradigma verde. En el peor de los casos, la ecología política desconfía de todo crecimiento de las fuerzas productivas (es decir, del dominio de la humanidad sobre la naturaleza); en el mejor, admite que un cambio en las relaciones entre los hombres permitiría mejorar la relación de los hombres con la naturaleza. Como las versiones althusserianas o maoístas del marxismo, la ecología política rechaza el protagonismo de las fuerzas productivas, subordinando éstas a las relaciones sociales y a la visión del mundo que las inspira. No juzga las relaciones hombre-naturaleza según el baremo del *dominio*, sino basándose en la existencia de *respeto* (hacia el ser humano, hacia las generaciones futuras e incluso hacia las demás especies).

Hay una primera consecuencia inmediata: la ecología política considera de un modo más bien negativo un buen número de «éxitos» del socialismo, en su variante estalinista, por supuesto (el «socialismo real» fue uno de los más salvajes productivismos), pero también en su variante social-demócrata (el crecimiento indefinido del consumo de masas).

Este enfrentamiento en torno a los resultados, e incluso a los objetivos, entre ecologistas y socialistas o comunistas es tan conocido que resulta inútil extenderse sobre él.

La segunda consecuencia es más profunda: el paradigma verde es por supuesto políticamente progresista en el sentido de que lucha por una sociedad «mejor» para la mayoría de los individuos, pero no es un «progresismo» desde el momento que su visión de la historia no es la historia del progreso. De hecho, de ningún modo constituye una visión de la historia en la que se sponga que ésta posea una orientación determinada. La historia no puede ser escrita en futuro anterior (este doloroso pasado habrá preparado un porvenir radiante). Llevando las cosas hasta el extremo, si la historia tuviese una orientación, ello habría que atribuirlo a la segun-

da ley de la termodinámica: la historia de un inexorable crecimiento de la entropía, la historia de una degradación. Sólo una conciencia humana autocrítica puede retrasar o invertir esta degradación. La ecología política no puede definir el progreso más que como *dirección*, definida a su vez por un determinado número de valores éticos o estéticos (la solidaridad, la autonomía, la responsabilidad, la democracia, la armonía...). Sin que exista ninguna garantía material de que el mundo irá efectivamente en esa dirección (por la «socialización de las fuerzas productivas»). El materialismo histórico y dialéctico de los verdes es un materialismo «no-teleológico» (no está orientado a la búsqueda de un fin último) e incluso tiene un carácter más bien pesimista.

Este abandono del protagonismo de las fuerzas productivas tiene otra consecuencia: el abandono del protagonismo de los productores. Si los verdes, políticamente progresistas, se ponen con frecuencia del lado de los explotados y los oprimidos, ello es así porque sus valores, la ecología del mundo con el que sueñan, se opone a toda explotación y opresión. Y no en modo alguno porque consideren que los productores explotados por el productivismo sean en sí mismos portadores de la conciencia de un mundo sin productivismo (en este punto creemos oír murmurar a muchos: «¡Todo lo contrario!») El desorden del mundo engendra movimientos sociales de resistencia crítica, pero ninguno logra prevalecer sobre los otros, salvo en su propio terreno. La expresión «autónoma» de los intereses y de las aspiraciones de movimientos sociales independientes entre sí es condición previa de su eventual integración en un paradigma verde, pero esta convergencia no podría ser otra cosa que una construcción política y social.

Quien habla de «construcción política» (de la unidad de las fuerzas sociales) corre evidentemente el riesgo de estar pensando en una «construcción por medio de la política» (de esa misma unidad). Es decir, por medio del Estado, y, en el ínterin, por medio del Partido. Después

de todo, así era como resolvían el problema quienes, dentro del movimiento obrero, albergaban alguna duda sobre la conciencia que la clase obrera podía tener de su misión histórica (el Lenin de *¿Qué hacer?*, sin ir más lejos). Y éste es el peligro que acecha a los partidos ecologistas: puesto que no existe ningún movimiento social portador de «la» conciencia ecologista, correspondería al partido separar lo que, en un momento dado, es ecologista de lo que no es más que «NIMBYsta» (el equivalente verde de *trade-unionista*, de la simple conciencia sindical en el movimiento obrero). Por ejemplo: en razón de la lucha contra el efecto invernadero provocado por el tráfico automovilístico ¿debería construirse una línea ferroviaria de alta velocidad en el valle del Ródano? El respeto al derecho a la diferencia ¿obligaría a tolerar el pañuelo islámico en la escuela?

También en este punto la gran suerte de lo Verde es haber llegado después que lo Rojo, sobre la base de una crítica libertaria de la «dirección del Partido» y del papel demiúrgico del Estado. El principio de autonomía de los movimientos obreros no es un correctivo, ni un contrapeso, sino un *valor constitutivo* del paradigma verde. La democracia del cara a cara, participativa, la búsqueda de un consenso que integre los puntos de vista divergentes, el derecho a disentir, hunden sus raíces en una cultura del rechazo de toda regulación venida desde arriba. Evidentemente, esto no es una garantía: las mismas causas (el desmenuzamiento de las aspiraciones populares, la complejidad de lo real) producirán tendencialmente los mismos efectos (la exteriorización de las mediaciones políticas, la tendencia a decir: «En su pugna contra las asociaciones de defensa del medio ambiente, el Partido Ecologista tiene razón porque ve las cosas desde más arriba»). Pero la experiencia tal vez sirva para evitar que se recorran los mismos caminos.

Tanto más cuanto que la conciencia de la complejidad de lo real, de la multiplicidad de las contradicciones, la falta de una idea de «determinación última» por

una relación social determinada (la economía, el consumo de energía o cualquier otra...), la inexistencia de un movimiento social al que se atribuye una importancia «fundamental», todo ello lleva entre los verdes a la desaparición de un momento determinante del proceso histórico (como ocurría entre los rojos): la «toma del poder». Cuando se les plantea la pregunta de si son reformistas o revolucionarios, los verdes, incluidos los fundamentalistas, no saben muy bien qué responder. Sencillamente porque no ven cuál podría ser *el* punto de aplicación de una «revolución política ecologista». Ellos quieren cambiar muchas cosas, pero apenas si confían en *el* poder, el poder del Estado. Pues éste no cambiaría las relaciones de trabajo, ni la mentalidad de los consumidores, ni las relaciones entre los sexos. Herederos de Michel Foucault y de Felix Guattari más que del marxismo, sueñan, sin duda, con una revolución de microrrupturas, con una revolución molecular que jamás quedaría concluida. Saben que *en el* poder se pueden hacer cosas, acompañar determinadas luchas, sancionar algunas relaciones de fuerza, pero que lo fundamental ocurre en otra parte: que todo pasa por el cambio de miríadas de comportamientos.

La ecología política se expone, pues, a multitud de errores. Pero está relativamente a cubierto del riesgo de caer por completo en *un* monstruoso error. En este sentido es, más aún que el movimiento obrero, profundamente materialista: un movimiento de lo real, en lo real, por lo real.

A. L.

Traducción: *Alfredo Taberna*